

Ernesto Sábato en nuestras mentes

María Luisa Regueiro Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid

E-mail: mlreguei@filol.ucm.es

Recibido: 12 octubre 2012

Aceptado: 9 enero 2013

RESUMEN: Recordaremos la vida y obra de Ernesto Sábato (1911-2011), autor de *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abbadón el exterminador* y representante del famoso boom de la literatura latinoamericana. Su ensayo *Antes del fin*, que dejó un legado literario y fue publicado en 1999, permite entender sus motivaciones, sus convicciones, sus más profundas convicciones al igual que la dimensión ética de su vida y de su trayectoria literaria y política. A pesar de su visión crítica, aún más pesimista y profética, denuncia a los demonios de nuestra época, pero termina haciendo una exhortación destinada a los jóvenes que, según él, son la única esperanza.

PALABRAS CLAVE: literatura latinoamericana, narrativa, ensayo, Ernesto Sábato.

Ernesto Sabato in our minds

ABSTRACT: We will be recalling the life and the work of Ernesto Sabato (1911-2011), author of the *The Tunnell* and *On Heroes and Tombs*, *Abbadón el exterminador* and representative of the so-called boom of the Latin American literature. His essay *Before the End*, living and literary legacy published in 1999, enables to understand his motivations, convictions, his deepest convictions, and also the ethical dimension of his life, political and literary trajectory. He denounces the evils of our time though his critical view, even pessimistic and prophetic, but he finishes with an exhortation addressed to the youth which are, for him, the only hope.

KEYWORDS: latin american literature, narrative, essay, Ernesto Sabato.

Introducción

El 30 de abril de 2011 fallecía el escritor Ernesto Sábato en su casa de Santos Lugares, en el Gran Buenos Aires, a los 99 años de edad. Una voz más del *boom* de la literatura

hispanoamericana que nos deja su legado artístico y vital único, en el que no han faltado ni la aventura, ni la valentía ante las injusticias sociales, ni una conciencia crítica siempre cercana al escepticismo y al pesimismo ante un mundo com-

plejo. El ensayo *Antes del fin*, su testamento vital, nos brinda la oportunidad de conocer al ser humano con sus convicciones más profundas, así como a la génesis de su narrativa.

Infancia y formación

Ernesto Sábato nació en la localidad de Rojas, provincia de Buenos Aires, el 24 de junio de 1911. Fue el décimo de los once hijos varones del matrimonio de calabreses que, como tantos otros europeos, llegaron a la Argentina en pos de un destino mejor: «... mis padres llegaron a estas playas con la esperanza de fecundar esta “Tierra de promisión”, que se extendía más allá de sus lágrimas». Su nacimiento y su infancia estuvieron marcados por dos circunstancias en las que creía encontrar la clave de su propensión a la tristeza y a la melancolía. La muerte de su hermano Ernestito determinó que heredara su nombre y tal vez sus terrores nocturnos y su sonambulismo:

«Aquel nombre, aquella tumba, siempre tuvieron para mí algo de nocturno, y tal vez haya sido la causa de mi existencia tan dificultosa, al haber sido marcado por esa tragedia, ya que entonces estaba en el vientre de mi madre; y motivó, quizá, los misteriosísimos pavores que sufrí de chico...».

En segundo lugar, la severidad de su padre, «en ocasiones terrible», que la sobreprotección materna trató de paliar en extremo, llevándolo a un aislamiento de niño solitario. Sin embargo, reconoce que tras la dureza paterna se ocultaba «un asombroso sentido de la belleza» y fidelidad hacia los amigos y a la palabra empeñada; y que la educación familiar dejó «huellas tristes y perdurables», pero también «nos enseñó a cumplir con el deber, a ser consecuentes, rigurosos con nosotros mismos».

En 1923 comenzó sus estudios de Secundaria en el Colegio Nacional de La Plata y posteriormente en su universidad, por entonces famosa en Hispanoamérica y a la que acudían alumnos de todo el continente. En ambos centros educativos impartían clase eminentes científicos y humanistas extranjeros como el geólogo alemán Walter Schiller, el astrónomo Hartmann o el filólogo puertorriqueño Pedro Henríquez Ureña, «aquel ser superior» que despertó el amor por los grandes autores y por la escritura a sus alumnos. La avidez lectora de Sábato no reconoce límites: Salgari, Verne, Schiller, Chateaubriand, Goetz Von Berlichingen, Goethe, Rousseau, Ibsen, Stindbeg, Chejov, Gogol, Wilde, los clásicos medievales españoles. Tras el gran escritor está el lector apasionado:

«Con los años leí apasionadamente a los grandes escritores de todos los tiempos. He dedicado muchas horas a la lectura y siempre ha sido para mí una búsqueda febril (...) Las lecturas me han acompañado hasta el día de hoy, transformando mi vida gracias a esas verdades que solo el gran arte puede atesorar».

Con dieciséis años se vinculó a grupos anarquistas y comunistas e intervino activamente en sus interminables discusiones, formó parte de un club de ajedrez con gran éxito y descubrió su pasión por las matemáticas. En 1929 ingresó a la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas; pero al año siguiente, por su afiliación a la Juventud Comunista que coincide con el golpe militar de Uriburu, pasa a la clandestinidad, descuida y prácticamente abandona sus estudios para instalarse en Avellaneda donde, perseguido y cambiando de pensión y de nombre a cada paso, distribuye manifiestos, organiza huelgas y da cursos sobre marxismo. Conoció a Matilde Kusminsky Richter, estudiante de ingeniería en La Plata, que dejó su vida confortable para acompañarlo en sus penalidades y hasta el fin de sus días. Con los procesos del estalinismo Sábato comenzó a dudar de la revolución comunista; por lo que el Partido, que no podía soportar la disidencia, decidió enviarlo a las *Escuelas*

Leninistas de Moscú por dos años. Pronto comprendió que podría acabar en un gulag siberiano por lo que, aprovechando que debía asistir al *Congreso contra el fascismo* en Bruselas, huyó a París y de ahí a Argentina para retomar sus estudios. En 1936 se casó con Matilde y dos años después nació su primer hijo, Jorge Federico. Su alejamiento del comunismo fue definitivo y por ello recibió más de un agravio por su «traición»; pero permitió que concentrara todos sus esfuerzos en su formación en el Instituto de Físico-Matemática, donde en 1937 terminó su doctorado y fue propuesto por el Dr. Houssay, Nobel de Medicina, para una beca en el laboratorio Jolliot-Curie de París.

París y el cambio de rumbo

Cuando Sábato y su familia llegan a París, la ciudad se halla en plena efervescencia surrealista, y se vincula al grupo de André Bretón, con Óscar Domínguez, Péret, Marcelle Ferri, Matta, Tristán Tzara, en delirantes sesiones nocturnas en bares; tras las cuales debe asistir por la mañana al laboratorio. Es el anticipo caótico de un cambio de rumbo que será definitivo porque: «En el Laboratorio Curie, en una de las más altas metas a las que podía aspirar un físico, me encontré vacío de sentido».

«El período del Laboratorio coincidió con esa mitad del camino de la vida en que, según ciertos oscurantistas se suele invertir el sentido de la existencia. Durante ese tiempo de antagonismos, por la mañana me sepultaba entre electrómetros y probetas, y anocheceía en los bares, con los delirantes surrealistas... Había dado comienzo la crisis que me alejaría de la ciencia. Porque mi espíritu, que se ha regido siempre por un movimiento pendular, de alternancia entre la luz y las tinieblas, entre el orden y el caos, de lo apolíneo a lo dionisiaco, en medio de ese carácter desdichado de mi espíritu, se encontraba ahora azorado entre la forma más extrema del racionalismo, que son las matemáticas, y la más dramática y violenta forma de la irracionalidad».

El contacto surrealista lo sumerge en los territorios más oscuros del arte, en el lenguaje del inconsciente y en los métodos del psicoanálisis. Por la guerra su beca fue trasladada al Massachusetts Institute of Technology en Boston, donde publicó un trabajo sobre rayos cósmicos; pero el proceso de ruptura interior supuso la vuelta a Argentina con la decisión de cambio de rumbo ya tomada. Cumplió aún durante un tiempo con sus compromisos docentes, enseñando Teoría cuántica y Relatividad en la Universidad de La Plata y concluyendo un trabajo sobre ter-

modinámica. En 1941 aparece, gracias a la mediación de su antiguo profesor Henríquez Ureña, su primer trabajo literario, un artículo sobre *La invención de Morel* de Bioy Casares en la revista *Teseo*; y comienza a colaborar asiduamente con la revista *Sur*, fundada por Victoria Ocampo. Esa extraordinaria revista contaba entre sus colaboradores con lo mejor de la literatura del momento –Jorge Luis Borges, Bioy Casares, José Bianco, Waldo Frank, Walter Gropius, Alfonso Reyes y Raimundo Lida, entre otros– y por impulso de su fundadora fue el mejor medio de difusión de la cultura universal. Como reconoce Sábato:

«Las páginas de *Sur* fueron educadoras de toda mi generación. A través de ella se conocieron en todos los países de lengua castellana autores como Virginia Woolf, D. H. Lawrence, Aldous Huxley, Lawrence de Arabia, Henri Michaux, William Faulkner; lo mejor del pensamiento desde Japón a Estados Unidos apareció allí».

En este período sufre, como otros tantos intelectuales argentinos, la represión del totalitarismo peronista: pierde su cátedra por criticar en un artículo «los procedimientos nazis del gobierno», así como, no sin ironía, «los errores de sintaxis» del decreto del Ministerio de Instrucción Pública. En su actitud des-

de entonces y por siempre no caben ni las componendas ni la obsecuencia acomodaticia: «Yo no fui antiperonista por defender los privilegios, sino porque no podía soportar el despotismo y la expulsión de maestras y profesores por no someterse a las directivas del gobierno». Sin su cátedra, hubo de trasladarse con su familia a la sierra de Córdoba, donde vivieron en unas condiciones de precariedad que le despertaban remordimientos y dudas; pero pudo escribir su primer libro, *Uno y el Universo* (1945), ensayo sobre el reduccionismo al que está abocado el enfoque científico. Era la manifestación de su conflicto interior entre el científico y el escritor, entre la ciencia y la literatura que lo demandaba.

Buenos Aires y la etapa narrativa

Para sobrevivir en Buenos Aires y con la familia ampliada con su segundo hijo, Mario, realizó traducciones, continuó colaborando con *Sur*, dio clases particulares y de 1957 a 1962 trabajó como director literario de la enciclopedia *Nuestro universo maravilloso* de Editorial Codex (seis volúmenes, uno por año). Le ofrecieron un cargo en la UNESCO, pero al llegar a París, el ambiente enrarecido de la posguerra y la posibilidad de su tarea bu-

rocrática lo llevaron a renunciar. Volvió a Buenos Aires «hundido en la depresión» para no abandonar nunca su compromiso con la literatura, radical, ético:

«Extraviado en un mundo en descomposición, entre restos de ideologías en bancarrota, la escritura ha sido para mí el medio fundamental, el más absoluto y poderoso que me permitió expresar el caos en que me debatía; y así pude liberar no sólo mis ideas, sino, sobre todo, mis observaciones más recónditas e inexplicables».

Su primera gran novela, *El túnel*, tuvo que sortear rechazos editoriales varios antes de su publicación, entre otras razones por la desconfianza de que un físico pudiera dedicarse seriamente a la literatura; pero en 1948 fue publicada en *Sur* e inmediatamente se agotó. Solo un año más tarde Albert Camus hizo posible su edición francesa con la consiguiente repercusión internacional, una traducción al inglés por Harriet de Onis en 1950 y otra al sueco al año siguiente junto a la segunda edición y una versión cinematográfica en 1952, la traducción alemana en 1958, la japonesa, etc. La narración tiene la forma de una exploración psicológica de matices existencialistas a través de la confesión de Juan Pablo Castel quien, al matar a la mujer que ama, destruye su única vía de sal-

vación. Tras la aparente simplicidad de la trama y la brevedad del texto laten el conflicto humano permanente entre racionalidad e irracionalidad, la soledad del individuo contemporáneo y su locura. La novela comienza con el anticipo del desenlace por el protagonista, y el conjunto textual constituye sus *explicaciones*:

«Bastará con decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne; supongo que el proceso está en el recuerdo de todos y que no se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona».

La segunda novela, *Sobre héroes y tumbas*, publicada en 1961 –con edición definitiva en 1966– en pleno *boom* de la narrativa hispanoamericana, cuenta con una compleja estructura que se desarrolla en tres planos argumentales: un extenso relato en el que los protagonistas son los últimos representantes de una familia de la oligarquía venida a menos; un segundo plano que se superpone como un poema épico en prosa sobre el dramático episodio de la retirada de los hombres del general Lavalle que llevan su cadáver al exilio; y el tercero, el famoso «Informe sobre ciegos» narrado por Fernando Vidal Olmos, protagonista de la primera historia:

«¿Cuándo empezó esto que ahora va a terminar con mi asesinato? Esta feroz lucidez que ahora

tengo es como un faro y puedo aprovechar un intensísimo haz hacia vastas regiones de mi memoria: veo caras, ratas en un granero, calles de Buenos Aires o Argel, prostitutas y marineros; muevo el haz y veo cosas más lejanas: una fuente en la estancia, una bochornosa siesta, pájaros y ojos que pincho con un clavo. Tal vez ahí, pero quién sabe: puede ser mucho más atrás, en épocas que ahora no recuerdo, en períodos remotísimos de mi primera infancia. No sé. ¿Qué importa, además?».

Experimentalismo y profundidad, fragmentarismo temporal y reflexión metafísica, registros del habla rioplatense, hacen de su lectura un desafío constante a la inteligencia lectora; pero la pericia narrativa consigue que pase desapercibida la complejidad compositiva. El éxito fue impresionante y lo consolidó definitivamente como escritor: sus muchas renunciadas previas en aras de su vocación no habían sido en vano. No obstante, lejos de inclinarlo a la creación narrativa como oficio, su tercera novela, *Abbadón el exterminador*, no se publicó sino hasta 1974 –premiada en París como mejor novela extranjera en 1976–: reflexiona sobre la sociedad contemporánea y el pueblo argentino en el pasado y en su presente, fundiendo realidad y ficción en una visión apoca-

líptica sobre los setenta en Argentina. Ironía, superposición de imágenes, prosa fragmentaria que avanza progresivamente con mezcla de géneros y cercana al epistolar en el uso magistral de las personas en el relato cuajado de reflexiones metafísicas, literarias e históricas, el reflejo del habla porteña en diálogos vivos de los que forma parte también el escritor Sábato, unas descripciones inigualables, todo ello en un experimentalismo formal que hace de la novela un género total, abarcador. Así describe, por ejemplo, al doctor Schnitzler:

«Cuando tocó el timbre, sintió primero que un ojito lo escrutaba por la mirilla durante un tiempo que le pareció desproporcionado. Luego, la puerta se entreabrió y vio asomar una cabeza obtenida mediante el cruzamiento de un pájaro y un ratón. Con su voccecita aguda y nerviosa manifestó una alegría tipo también pájaro. Era flaco, consumido por años entre libros. Sus ojitos de ratón brillaban detrás de los cristales de esos anteojos redondos con bordes de acero que los *hippies* pusieron nuevamente de moda, pero que seguramente él habría comprado hace medio siglo en Alemania y conservado con el mismo cuidado con que mantenía sus libros en la biblioteca alineados como un ejército germánico, limpios y desinfectados, numerados».

El limitado número de obras narrativas se explica por una autoexigencia casi inmisericorde que en ocasiones lo llevó a quemar manuscritos –que Matilde lograba salvar, aunque no siempre–; y porque como confiesa «nunca me he considerado un escritor profesional, de los que publican una novela al año». De esa «propensión a las llamas» se salvó, ni más ni menos, el manuscrito de *Sobre héroes y tumbas*.

El ensayo como manifestación y desahogo

Después de la resonancia de *Sobre héroes y tumbas*, considerada una de las mejores novelas de todos los tiempos, se prodigó en el ensayo, género revelador porque permite comprender la complejidad de su obra narrativa, de su personalidad y de los valores que guiaron su vida hasta convertirlo en referente moral, que advierte de los males de una época que no duda en calificar de sombría. Para Sábato el ensayo es vía que facilita el desahogo ante la perplejidad que despiertan el siglo y la realidad vivida. En 1951 otra de las grandes editoriales bonaerenses, Emecé, publicó *Hombres y engranajes* donde con frases breves y aforísticas expuso su desconfianza y su preocupación por el mundo *tecnólatra* y *cientifis-*

ta, por «la desacralización del cosmos y del ser humano», por «la deshumanización de la humanidad» resultante de «dos fuerzas dinámicas y amorales: el dinero y la razón». Muchas de sus observaciones –sustentadas en Pascal, Buber, Berdiaev, Nietzsche, Unamuno, Jaspers, Schopenhauer, Emerson, Thoreau, Kirkegaard, Pirene, entre otros– confirman su clarividencia crítica, como cuando denuncia que «el absolutismo económico se ha erigido en poder»:

«El capitalismo moderno y la ciencia positiva son las dos caras de una misma realidad desposeída de atributos concretos, de una abstracta fantasmagoría de la que también forma parte el hombre, pero no ya el hombre concreto e individual, sino el hombre-masa, ese extraño ser con aspecto todavía humano, con ojos y llanto, voz y emociones, pero en verdad engranaje de una gigantesca maquinaria anónima. Este es el destino contradictorio de aquel semidiós renacentista que reivindicó su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también él llegaría a transformarse en cosa».

Al año siguiente publicó *Heterodoxia*, ensayo singular en el que reflexiona, entre otros aspectos de la

cultura y la sociedad, sobre la dialéctica histórica y metafísica de los sexos y el protagonismo de la mujer en la cultura humanista y en la civilización industrial. En 1955 es designado director de la revista *Mundo Argentino*, y a pesar de haber sufrido la expulsión de las cátedras por el peronismo, no dejó de aceptar colaboradores de esa orientación política ni de denunciar la tortura de obreros peronistas. Cuando la revista fue intervenida por el gobierno militar, renunció en defensa de la libertad de prensa. Pero en un programa de radio, además de insistir en su denuncia, reivindicó la figura del escritor Leopoldo Marechal al que el resentimiento político había condenado al exilio interior; y en 1956 publicó *El caso Sábato: torturas y libertad de prensa. Carta abierta al General Aramburu*, con documentos sobre estos acontecimientos. Nunca dejó de clamar por la injusticia y en defensa de los derechos humanos.

También la escritura y el arte inspiraron a Sábato varios ensayos. En *El escritor y sus fantasmas* (1963) reflexiona –y duda– sobre teorías y búsquedas del novelista, desde el existencialismo hasta el objetivismo, como compromiso y como gratuidad. Constituye un excelente manual para escritores en formación porque reflexiona sobre el valor de la palabra, la «prostitu-

ción» del arte y las penalidades de los que son verdaderamente artistas: «Quedan los pocos que cuentan»:

«... la raza de artistas a la que siempre he admirado... quienes han unido a su actitud combatiente una grave preocupación espiritual; y, en la búsqueda desesperada del sentido, han creado obras cuya desnudez y desgarramiento es lo que siempre imaginé como única expresión para la verdad».

Su agradecimiento al maestro que le abrió las puertas de *Sur* se expresa en el ensayo *Pedro Henríquez Ureña* (1967); y su profunda reflexión sobre la narrativa contemporánea en *Tres aproximaciones a la literatura* (1968), sobre Sartre, Alain Robbe-Grillet y Borges. *Carta a un joven escritor* (1975) y *Diálogos (con Jorge Luis Borges)* (1976) completan magistralmente la reflexión sobre el hecho literario y sus fundamentos. En cuanto a otras formas del arte, escribe *Tango, discusión y clave* (1963) de informaciones y opiniones sobre el tango y su mundo; y *Eduardo Falú* (1974), dedicado al músico argentino. Sus comentarios se sustentan en profundas y lúcidas reflexiones sobre el papel de la cultura en el desarrollo humano, como en *La cultura en la encrucijada nacional* (1976), donde plantea los eternos interrogantes sobre la identidad argentina: si

hay una cultura nacional o simplemente se trata de mera imitación de modelos europeos; qué relación –u olvido– mantiene con Latinoamérica, con la realidad social, con el pueblo; en qué medida son responsables los artistas y escritores o los medios de comunicación. Sobre la responsabilidad del intelectual en la sociedad actual con sus terribles desafíos y en defensa del humanismo, es ejemplar *Apologías y rechazos* (1979); y sobre el poder de esa cultura, las páginas de *Los libros y su misión en la liberación e integración de la América Latina* (1979).

En 1983, el entonces presidente argentino Raúl Alfonsín le encarga la investigación de los horrores de la represión durante los gobiernos militares. Aceptó el desafío por compromiso moral ineludible, y como presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) presentó las conclusiones de esa incursión en el infierno en el llamado *Informe Sábato*, cumpliendo con lo que consideraba su obligación de escritor:

«El escritor debe ser un testigo insobornable de su tiempo, con coraje para decir la verdad, y levantarse contra todo oficialismo que, engeguado por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana».

Premios y reconocimientos

En su largo recorrido vital Sábato recibió no sólo el reconocimiento internacional de la crítica y en innumerables traducciones, sino también en distinciones y premios. Entre otros: Gran Premio de la Sociedad Argentina de Escritores, Caballero de las Artes y las Letras en Francia, Premio de Consagración Nacional (Argentina, 1975), Premio Medici (Italia, 1977), la Gran Cruz al Mérito Civil (España, 1978), Caballero de la Legión de Honor (Francia, 1979). La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires lo nombra Ciudadano Ilustre (1983); Colombia lo distingue con la Orden de Boyacá; la Organización de Estados Americanos le otorga el premio Gabriela Mistral; España, el Premio Cervantes (1984) y el Menéndez Pelayo (1997). En 1986 la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos le brinda un homenaje, y recibe la Cruz de Gran Oficial de la República Federal de Alemania. Al año siguiente Francia lo distingue como Comandante de la Legión de Honor; en 1989 recibe en Israel el Premio Jerusalén. Varias universidades lo nombran *Doctor Honoris Causa*: Murcia (1989), Rosario (1991), Torino (1995). En 1995 dicta conferencias sobre su obra en las universidades de Harvard, Yale, Columbia, Berkeley, Roma, Flo-

rencia, Pavia, Salamanca, Madrid y Barcelona. La ingente bibliografía sobre su obra es muestra inequívoca de su trascendencia en las letras en español.

Los últimos años y el testimonio final

Por indicación médica y por problemas de visión, en sus últimos años deja de escribir, pero canaliza su pulsión artística en la pintura. Los dos últimos ensayos, *Antes del fin* (1999) y *La resistencia* (2000), tras la pérdida de su hijo Jorge en accidente de tráfico y de su compañera Matilde, nos acercan al Sábato más lúcido ante la cercanía del final pre-sentido. La fotografía de un humilde lustrabotas le lleva a confesar:

«Ese chiquito, en su humildad de lustrabotas, me muestra a Dios. Un Dios en cuya fe nunca me he podido mantener del todo, ya que me considero un espíritu religioso, pero a la vez lleno de contradicciones, con instantes en los que soy propenso a creer en actos demencialmente milagrosos, y épocas en las que vuelvo a caer presa del pesimismo y la depresión. Quizás porque uno espera mucho y a menudo es defraudado, sobre todo en momentos en que la vida nos va despojando de aquellos que ha sido para nosotros, como dijo Cernuda, “Una pausa de amor entre la fuga de

las cosas". Cómo mantener la fe, cómo no dudar, cuando se muere un chiquito de hambre...».

Se pregunta con desgarro «¿dónde está Dios? ¿Qué respuesta le diste a tu Hijo, cuando gritó aquella frase trágica?»; pero añade: «... cuando abandono esos razonamientos que acaban siempre por confundirme, me reconforta la imagen de aquel Cristo que padeció la ausencia del Padre». Denuncia los males de «un tiempo en que el porvenir parece dilapidado», nuestro tiempo de globalización, deshumanización, pérdida de valores, pero en el epílogo de *Antes del fin*, que lleva por título «Pacto entre derrotados», se dirige a los jóvenes, porque cree que deben concienciarse del desastre para poder luchar por su superación:

«Sí, muchachos, la vida del mundo hay que tomarla como la tarea propia y salir a defenderla. Es nuestra misión. No cabe pensar que los gobiernos se van a ocupar. Los gobiernos han olvidado, casi podría decirse que en el mundo entero, que su fin es pro-

mover el bien común. La solidaridad adquiere entonces un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes. (...) La situación es muy grave y nos afecta a todos. Pero, aun así, hay quienes se esfuerzan por no traicionar los nobles valores».

A pesar de sus muchas dudas y sus contradicciones, su exhortación final a los jóvenes tiene un sentido de compromiso y de resistencia consciente y esperanzada:

«Yo reafirmo a diario mi confianza en ustedes. Son muchos los que en medio de la tempestad continúan luchando, ofreciendo su tiempo y hasta su propia vida por el otro. En las calles, en las cárceles, en las villas miseria, en los hospitales. Mostrándonos que, en estos tiempos de triunfalismos falsos, la verdadera resistencia es la que combate por valores perdidos».

Resume el sentido de su existencia, que supo mantener sin concesiones este hombre singular, mucho más que un narrador famoso del *Boom* hispanoamericano. ■